

EL CACHIFLÍN

SEMANARIO DE SÁTIRA POLÍTICA

Director propietario ABRAHAM MADRIGAL J.

Año I

San José, Costa Rica, 12 de Noviembre de 1898.

Núm. 5



POLÍTICA DE ACTUALIDAD

EL CACHIFLÍN

Es nuestro vicio escribir, quizá disparates, quizá verdades, y por eso volvemos á ocupar la atención pública con un periódico ya conocido y bien acreditado por la pluma joven y vigorosa de nuestro amigo Martín. El nos ha cedido su periódico y nos lanzamos á luchar, verdad es que decepcionados; sabemos con qué público tratamos, y pensamos que nunca está dispuesto á favorecer á nadie que tenga buena intención.

No somos aduladores y por eso no comenzamos por adular al público que si quiere nos favorecerá y si no, qué hemos de hacer!

No esperamos hacer negocio con nuestra hoja, porque el periodismo en Costa Rica jamás ha sido negocio si no es cuando los gobiernos faltos de popularidad, la quieren conseguir subvencionando á hojas que se prestan á ese indigno comercio. Queremos sencillamente protestar, esa ha sido nuestra vida, protestar contra los avances del despotismo, ser los centinelas puestos en la brecha para no ceder ni un palmo del limpio terreno que pisamos.

Si el resultado de nuestra obra no corresponde con nuestros propósitos, no será nuestra la culpa, será del público que nos lee.

A. Madrigal Jiménez.

DIALOGUITOS

ÑOR CHEPE. — ¡Hola Rafaelillo! ¿Qué tal?

RAFAELILLO. — Pos mu bien, tata suegro.

CH. — Ya lo creo! ¡Y decir que todo eso me lo debés á yo!

R. — Se dequívoca, eso me lo debo yo á yo mesmo.

CH. — Pos mirá, yo creo quel dequívocado sos vos, y sinó, vamos á cuentas.

R. — Yo no quisiera, pero ya que usté lo quiere, echemos palante. A usté lo hicieron mandador por yo, porque si no hubiera sido por aquéllo de los machetillos y lo de ñor Zenón y sus escapularios, usté se hubiera muer-

to de pión como yo, vendiendo su lechilla y el carboncillo.

CH. — Eso si es verdá, porque en la parranda aquella, aunque es verdá que vos te escondiste mientras hubo triquitraques endespues supiste lograrla pa vos y pa yo.

R. — Yo no me escondí por miedo, sinó por prudencia.

CH. — ¿Cuál Prudencia? ¿La de ñor...?

R. — Nó, tata, por purísima prudencia, es endecir como por recelillo.

CH. — ¡Ah bueno! Yo creía que andabas en enredos con Prudencia.

R. — Hum! hum!... nada *deso*, yo no acostumbro esas cosas, y menos ahora que soy dizno mandador.

CH. — Y he oído por ay, que como que te van á escharchar.

R. — No tenga cuidiao, no me escharchan, porque estoy resuelto á pararme en la tranquera machete en mano y si vienen... me escondo y les echo los perros.

CH. — No bromiés mucho, de pronto te dan una fregada que vas á quedar paralizao por un año.

R. — Bueno, tata, hasta luego, tengo que ver la *Res... mia*, que dicen que ya no dá leche.

CH. — Pegale un tizón en el rabo y le cortás los cachos—si no dá por bien dará por mal—no siás tonto—zocala.

R. — Adiós! (Qué ñeque es mi suegro!)

CH. — Adiós! (que yernillo tan despabilaol)

J. NOEL.

EPIGRAMA

Ardiendo un marido en celos,
de coraje se arrancó
un gran puñado de pelos
y en el brasero lo echó.

La mujer lo vió encendido
y urgó con sumo cuidado
diciendo: ¿qué habrá caído
que huele á cuerno quemado?

J. M. VILLER GAS.

REBAJA DE SUELDOS

No hay duda que los empleados están tristes y acongojados con la rebaja de sueldos; y no les falta razón; ellos que han sido los únicos militantes en las filas del civilismo, ellos que han sufrido tanto por ver á su patroncito en su santísimo lugar, ellos que han recibido chaparrones de agua y de otras cosas en la propaganda pasada, ellos que aman tanto la reelección, á ellos bajarles el sueldo? Nada, decididamente eso es una injusticia y de las grandes.

Imaginémonos á un candidato que triunfa y que á sus únicos partidarios les rebaja el sueldo, sin saber para qué esa rebaja, ¿qué se pensará de ese candidato? que es muy *ingratoso*, sencillamente.

Pero esto no es nada, lo peor es que al paso que vamos llegaremos á una situación como la de El Salvador, donde se les debe á los empleados públicos hasta 9 meses de paga, y ellos se conforman con un giro contra el Tesoro público—que no tiene nada—que negocian perdiendo el 75 %—que no es mucho perder.—Aquí los empleados que trabajaron con tanto ahinco por su sueldito—estaban en su derecho—tendrán al fin de la partida la decepción horrible de ver que su candidato—el sueldo—no corresponde al grande amor que le profesan.

Nuestra primera idea cuando vimos el decreto sin más preámbulo que las facultades—nada trilladas—que confiere la Constitución—[pobre Constitución, en todo te hacen meter la pata, aunque nunca te cumplen ni te hacen cumplir!—fué la de una *juerga* de empleados, empezando por los militares; pero ná, aquí bien pueden rebajar el 90 % que como si tal cosa, se quedan en su puesto *per l'honore* de servir al gobierno que ellos hicieron.

Basta de empleados por hoy y damos nuestro pésame á los que consumen la esbirritina, porque no hay duda que ellos también han sufrido el 10 % de rebaja—que es como si dijéramos un descalabro político.

Para terminar diremos que la

mayor de las sin razones que ha hecho el actual gobierno es rebajar los sueldos de los maestros y algunas de las subvenciones y dejar en pié muchos empleados que ganan hasta 3 sueldos por no hacer nada; ciudadano conocemos que gana sus coloncitos mensuales por oír conversaciones, lo cual no es hacer mayor cosa: esos son los que se debían suprimir, pero la inmensa popularidad obliga á tener este tren de empleados, necesarios desde todos los puntos de vista que se les considere.

LOS CHICOS GACETILLEROS

La verdad es que no sé cómo he de dar comienzo á este artículo, que dedico á una parte—y muy importante—del periodismo universal; temo que algún gacetillero se dé por aludido en este mi humilde trabajo, y me vaya á poner como chupa de dómine en el periódico que dé á luz sus gacetillas—que para ese gremio (porque los gacetilleros forman un gremio, bien organizado)—ah... sí—son como artículos de fondo que ponen el dedo donde está la... (no me atrevo á mentar lo que es, por temor de indigestar á algún ó alguna joven, que se dedique á la lectura y que tenga el estómago muy susceptible y se ofenda de cualquiera palabra ó acto más ó menos natural).

Bueno, pues, los gacetilleros son, bien mirados, unos excelentes sujetos, á todo el mundo saludan, tienen relaciones con todas las personas de alguna importancia, y están en correspondencia con los personajes más conspicuos de la alta política.

No es extraño verlos reunidos en el Parque Central, á la sombra de un secular higuerón,—testigo mudo de muchas confidencias amorosas y periodísticas y de otras elases también, que no sólo enamorados y periodistas han de haber en este mundo—departiendo alegremente sobre *los platos del día*, como llaman á los asuntos de actualidad.

—Pues han de saber—dice Periquito Zascandil, el mejor rela-

cionado de todos ellos y el que es admirado por sus compañeros porque se ha corrido el rumor de que en casa de Periquito se comen todos los días *frijoles* y ese es bocado de rico, ahora que tenemos crisis.

—Pues han de saber, volvió á decir el bueno de Periquito, que la política se está poniendo fea; ayer no más me escribió Juan que se está combinando una revolución.

—¿Y quién es ese Juan, algún jefe del Partido Republicano? ¿es de aquí ó de Heredia?

—No, no crean Uds. Juan es el portero de la casa del Presidente; es un sujeto muy decente, todos los días se lava los pies con Jabón de la Económica.

—¿Y cómo sabe él que se está combinando revolución, dijo Gumersindo Cataplasmas, otro gacetillero.

—Pues verán Uds., contestó Periquito, Juan como es el portero de la casa Presidencial á veces pone el oído en el hueco de la llave de la puerta del gabinete presidencial y oye lo que hablan, y como del Ejecutivo es de donde emanan todas las revoluciones posibles en esta tierra, ya verán si estoy enterado. ¡Cuando yo digo que la política se pone fea... razón tengo!

—Pos está claro, dijeron todos. La reunión se disuelve y cada uno se vá á donde la gana lo lleve.

Los chicos gacetilleros van á los ensayos de la Compañía de Opera que actúa en el Nacional, y se acomodan en un palco, á veces en el Presidencial, pero es sólo por el honor de poner los asentaderos donde los ha puesto el Primer Magistrado de la Nación, cosa que es muy inocente y es una honra dispensable á cualquier... gacetillero. Pero el conserje del teatro no la dispensa y corre á donde los gacetilleros y trata de sacarlos fuera del templo de Talía.

—¡Salgan granujas, só canallas! ¿quién les ha dado autorización para meterse aquí?

—Es que yo soy el cronista de «El fin del siglo»—dice Periquito.

—Y yo soy del...

—¡Demonio!—contesta el conserje.

—Vea no ofenda á mi padre, que él no le ha hecho nada, dice al que le han dicho que es del demonio.

—Bueno y á mí qué?

—Pues si no nos deja aquí tranquilos le ponemos una gacetilla en cada periódico y haremos que lo *escharchen*, dijo Periquito.

—Y vea si nosotros seremos poderosos, dice Gumersindo—que la otra vez publiqué una gacetilla diciendo sencillamente que el Ministro Tal fué á paseo con mano José del Puriscal y que éste era muy republicano, ¿y sabe lo que pasó?

—¿Qué?

—Pues casi nada que hicieron poner su dimisión al Ministro; ahora póngase á pensar lo que haríamos con un conserje de teatro!

—Y el pobre hombre cede ante la expectativa de una irremisible cesantía.

Ah! son terribles los gacetilleros!

¿Y los tragos que se toman á cuenta de gacetillas? De eso hablaremos después, porque es cuento de nunca acabar.

LAGIRDAM.

CARTAS INTIMAS

I

País Azul, noviembre de 1898.

MI QUERIDO RAMÓN:

¡Este es un gran país! He aquí la primera idea que á la cabeza se me viene al prepararme á escribirte y por eso comienzo mi carta con esta frase que tanto quiero decir. ¡Este es un gran país! Más adelante verás por que lo digo.

¿Te contaré detalladamente todos los pormenores de mi viaje? No lo creo necesario, y además, esa relación tal vez fastidiosa, haría mis cartas tan largas, que de seguro renegarías de tu pobre patrón que sólo se acuerda de tí para bendecirte y desearte mucha felicidad.

¡Cómo he echado de menos aquellas entrevistas en que, más que amo y criado, parecíamos dos amigos ó dos buenos hermanos. No sucede igual cosa á los malos man-

datarios que, cuando reunidos con sus asquerosos cómplices, discuten alguna nueva perfidia, están intranquilos y desconfiados creyendo ver en cada uno de sus ministros un aspirante peligroso al *Reinado*, á quien hay que vigilar con mucha reserva.

¡Cómo recuerdo siempre tus buenas ocurrencias acerca de la política de ese país querido! Cuando enderezabas tranquilamente ciertas puyas contra algún mal funcionario, me parecía ver la actitud de todas las conciencias honradas, protestando contra los desmanes y atropellos de los que no tienen conciencia ni mala siquiera—oyéndote hablar con tu lenguaje franco y á veces rudo, se piensa en la honradez acrisolada de ciertos hombres y se lamenta á la vez la vileza de determinadas personas. Cuando en esa charla sencilla que refleja tu alma buena, dejas mal parada la fama de algún magnate, me haces el efecto de un río cuyas aguas purísimas dejan ver un fondo limpio, pero cuya impetuosa corriente arrastra con violencia cuantas basuras encuentra al paso.

Pero... basta ya de digresiones.

Voy á decirte algo de más sustancia. Al dejar en el vapor «Desconsuelo», las risueñas playas de mi patria querida, sentí el corazón oprimido por una pena inmensa. Todos los pasados sufrimientos se renovaron entonces en mi alma y sentí que me moría. Me quedé parado en la cubierta mirando la costa que se hacía más pequeña cada vez, á medida que el vapor se alejaba, hasta que se ocultó á mi vista la tierra santa de mis padres, como si el abismo se la hubiera tragado; y entonces un pensamiento extraño agitó mi cerebro, y una sonrisa de siniestra alegría contrajo mis labios. Era que mi corazón elevaba á Dios esta plegaria singular: «¡Oh Dios mío, que vea yo desaparecer así á Costa Rica en las profundidades del mar, antes que contemplar eterna la vergüenza que hoy sufre!»

Mi viaje fué relativamente feliz. Tuve la fortuna de encontrar á bordo buenos compañeros, que fueron mis amigos á las pocas ho-

ras de navegación. Espero contar-te en otras cartas, las sabias consideraciones que ellos hacían con respecto á la política centro-americana, y las provechosas lecciones que he sacado de su modo de ser. ¡Son unos excelentes muchachos!

Ahora, muy justo es que te hable de «País Azul», esta nación feliz y próspera en cuyo seno disfruto el reposo y la tranquilidad que se disfrutaban en un país modelo.

País Azul es una isla preciosa que no encontrarás en el mapa, porque sus habitantes se han negado á consignarla allí. Esto te probará que no es nota, ni alta ni baja, en el concierto desmoralizador del mundo, y que aquí no es conocida esa bendita civilización que sólo consiste en la barbarie. Al llegar á ella, se sienten impresiones agradables. Desde muy lejos se ve lucir, en medio de las espumas que forma el mar al chocar violento contra sus rocas, como una estrella que fulgura rodeada de nubecillas blancas. ¡Es una isla preciosa!

Ya te hablaré de su aspecto pintoresco y hermoso, pues hoy quiero hablarte á la ligera de su organización política.

El Jefe del Estado es un Presidente, que no es militar, porque los señores hijos de Marte no pueden regir los destinos de los País-Azulinos. Este Presidente cuyas funciones se limitan á velar por el orden, tiene su consejo compuesto de los hombres *más honrados* del país. En cada departamento hay un municipio de *elección popular*, que administra el tesoro respectivo, y atiende á las necesidades de su pueblo, con la solicitud más esmerada. Aquí no hay Ministros ni Congreso, ni Gobernadores ni Jefes Políticos ni Cuarteles ni nada de esas cosas que abundan en nuestras tierras. La Justicia es administrada por un Tribunal compuesto de ancianos respetables cuya vida han sido verdaderos ejemplos de virtud y de honradez. Aquí no hay *esbirros*, puesto que no se necesitan; y lo más asombroso de todo es que no hay siquiera Constitución escrita. La probidad de los mandatarios y su respeto profundo

al derecho, son tradicionales, y aunque los deberes y los derechos de cada ciudadano no están consignados en *cartas magnas*, todos los saben y los respetan.

¡Decididamente, este es un gran país!

Adiós, mi querido Ramón, escribeme pronto, y procura conservarte en estado de poderme servir. Nada más te recomiendo.

TU PATRÓN.

LAS MUJERES..... ENGAÑADAS

—Por qué lloras, Elena? responde, pues no acierto á comprender la causa de tu pena y sufro al ver tu llanto, te lo juro...
—!Cómo no he de llorar, si sé de cierto que me engaña Germán!... ¡y Luis!... ¡y [Arturo!

CURIOSIDADES LITERARIAS

«ASÍ ES EL MUNDO»

POR MANUEL BENITO SANTOS E.

Mi amada, la dulce hechicera de mis tiernos y halagadores sueños, la virgen por quien mi pecho dejó escapar su primer suspiro, me daba con una rotunda negativa la decepción más espantosa, la desilusión más grande.

—¿Será posible, me decía, que aquella boquita de nácar pueda proferir blasfemias tan extranjanas y absurdas?

¡Oh cosas!... Cuán bello es este mundo cuando envuelto en el manto de la hipocresía, se presenta, sin esperarlo, tal como ¡es, con la faz descubierta, hiriendo los espíritus con el pálido puñal de los engaños.

Así es el mundo: ¿por qué me calabacearon?—Ignoro el motivo. A las mujeres cuando se les mete el demonio, ¡infeliz de aquel que las aguante!

Se llama Delia; es divina como los ángeles celestiales; en sus labios de fresa jugueteaba una sonrisa áurea, dejando entrever á veces una hilera de blanquísimos azahares.

¡Qué boca! La inocencia y el candor convidaban al sonoro beso: sus miradas subyugaban transportando nuestras fantasías á las regiones de los ensueños.

Pero la muy taimada me calabaceó, y yo tanto que la quería! ¡Así es el mundo!

Imprenta y Librería Española de María v. de Linares